
PRÓLOGO

CONOCÍ A JOSÉ JULIO en la presentación que él hacía de *Niebla*, poemario de José Mateos, en la Casa del Libro de Sevilla. Era una tarde azul de junio y había bastante gente en la sala. Tras el acto, mi marido y yo nos acercamos a Cabanillas con varios de sus libros para que nos los dedicara. Siempre me sorprenderá la facilidad de trato que tienen las personas inteligentes, sensibles y cultas, y José Julio no iba a ser una excepción. Quedamos en vernos más tarde, con más tranquilidad, y eso aconteció en el Café Roma de Los Remedios algunos meses después, y desde entonces hemos intercambiado lecturas y pareceres sobre la poesía, José Julio nos ha regalado consejos, presentó nuestra novela *Las plazas* y, sobre todo, nos ha brindado su amistad.

En realidad, yo había conocido a José Julio algunos años antes, al José Julio poeta, me refiero, a través de mi instructor de oposiciones a profesora de enseñanza secundaria (que finalmente aprobé). Ricardo Viñuelas

nos trajo una de las maravillas líricas de *Palabras de demora* para que la analizáramos, y la riqueza que hallé en ese puñado de versos me sedujo como pocos poemas lo habían hecho hasta entonces.

A partir de ahí, me propuse leer con pasión la obra de Cabanillas. Y comencé justamente por este libro, su segundo poemario: la prueba de fuego, el salto al vacío del que todo poeta ha de salir triunfante. Por eso José Julio puso toda su alma en este cáliz de versos sonoros, donde lo que importa sí encuentra lugar en las palabras: en sus imágenes sentimos la nostalgia de lo inalcanzable, la ensoñación lírica del ayer, la mirada que nos devuelve cuanto el tiempo quiso, inútilmente, atar al olvido.

Estas sensaciones poéticas reúnen unos pasajes de la memoria centrados en un espacio rural de Andalucía. La mirada de José Julio Cabanillas recorre las tierras y las gentes andaluzas de un tiempo que ya ha pasado, pero que todavía late en nuestras venas y en nuestros recuerdos. La tierra de Benzelá, las confesiones del niño y del hombre entremezcladas, quedan grabadas como testimonios de lo más hondo de nuestro sentir a través de las palabras del poeta.

El paso del tiempo vertebra el libro. Ulises, también llamado Nadie, contempla sus arrugas ante el espejo; el alquimista nunca obtendrá oro en sus alambiques fríos, pues su ciencia es de otro tiempo, ya pasado. Igualmente José Julio ha crecido y añora el mundo de su infancia; la mirada del niño descubre una cascada de prodigios a cada instante, milagros que el adulto ya no puede ver. Y, tras la evocación no queda nada: parientes enlutadas “*traen fotografías, / damajuanas de aceite, / un puñado de polvo*”; Aurora no tocará al piano tangos ni habaneras, ni paseará, de la mano del niño, por los amplios olivares.

Pero esta ausencia es derrotada por el poeta: la búsqueda del sentimiento estético es una fuerza imparable que mueve al poeta a superar su tristeza y sus contradicciones; en sus versos, atravesados por un secreto temblor, late una proclama de la existencia que va más allá del tiempo, de la desesperación o del conformismo.

La belleza de la poesía restablece personas y paisajes de la niñez —alígeros recuerdos que se mueven entre el sueño y la vigilia— mediante un verbo depurado que ahonda en la alquimia de temas universales: la difusa frontera entre el ayer y el hoy, salvada por el recuerdo; la perturbadora certeza de lo sobrenatural; el deseo de huir, o de volver, quién sabe, libres hasta de nosotros mismos... El aliento lírico nos abre al reencuentro con esos paisajes y figuras andaluces que fueron, y que aún son, mientras la palabra escrita sea capaz de recobrarlos.

En este libro se ha perdido la inocencia del realismo, todo se vive a través del poeta. Sabemos que nada existe sin el observador, en cuyos ojos reside la belleza; nada hay sin su experiencia, sin su vida, sus recuerdos, sus fallos, y sus miserias humanas... Tal vez por eso la Arcadia feliz, el locus amoenus, la Edad Dorada con la que comenzó el mundo ya es totalmente irrecuperable, pues el poeta sabe que no puede huir allí sin todo su equipaje vital: *si allá pudiera huir sin llevarme conmigo...*

El burro se recuerda a sí mismo a través de Caín, Chesterton también es distinto a través de los ojos del poeta. Afortunadamente, esa mirada que todo lo embellece es lo que transmite José Julio. Y esos gigantes o fantasmas, ante los que quizás huiríamos, y esos laberintos imposibles, se nos antojan de pronto amigos en un paraíso, el paraíso perdido, en cualquier forma en que lo

hayamos imaginado, y es calidez y poesía lo que sentimos. El alma se detiene en un remanso de hermosura.

José Julio afirma que los libros los mejoran los lectores. Por eso la reedición de este poemario, ya agotado, era imprescindible: corregido y con algunos poemas añadidos, se presenta de nuevo al lector fiel de poesía para decir su palabra silenciosa y verdadera. La reedición era necesaria para que su legado no se olvide y se diluya en el vacío, y así, *Palabras de demora* siga brillando como uno de los mejores libros que se escribieron en el siglo XX.

Mercedes Marcos Monfort

I

BEATUS ILLE

EN calles desconchadas de un barrio a las afueras,
de hombres en camiseta que hablan en los bares
y balcones con ropa
y muchachas que llaman a voces a sus hijos,
búscame aquí. Pregúntale a cualquiera.
Llevo camisa roja.
Te enseñaré a tocar el ukelele.

PAISAJE CON FIGURA

AHORA que cae la tarde y seré examinado
y el sol puebla mi casa de luces y de sombras,
debo saber quién soy —ya no tengo otro oficio—,
debo mirar de frente estos rostros confusos.

Un niño en Benzelá por claros olivares
de mano de su abuelo camina al horizonte.

En la calle Molinos, hacia el Conservatorio,
en la plaza con lluvia y miseria de siglos
cerrándole la huida, un último resquicio,
mira un adolescente derrumbarse la tarde.

En un parque propicio aquel abril radiante
el joven dicta versos para atrapar un alba.

Son murmullo de paso, un trasiego de sombra.

Tras ellos vendrán otros al correr de los años.

Las figuras de humo... El viento nos arrastra.

ULISES

NADA debo.

Tras de mi puerta una mujer, dos hijos,
cada vez más recuerdos.

Con fría claridad me devuelve el espejo
un rostro que ya empieza a no ser joven.

Al menos he labrado con trabajo constante
mi fortuna y mi nombre: nada, nadie.

FARO DE CALAHONDA

MI ventana, la única encendida en la calle.
Va el recuerdo a otra noche, hace años.
Había gente en la orilla, junto a un fuego
esperando la aurora, cuando al copo
atraca las gabarras
y descargan los peces en la arena.
¿Fue el relente del día, o sus ojos de espanto?
Llamaron por mi nombre.
Veo el faro frente a mí, en mi memoria.
Y no sé quién se va y quién se queda.

EDAD DE ORO

EN los siglos felices que dioses y gigantes
hablaban con los hombres en un bosque cercano,
se incendiaba el otoño en granadas abiertas
y era luz el invierno sembrada por la aurora...

Si allá pudiera huir sin llevarme conmigo.

RETRATO

BREVE tarde de invierno. Está el cuarto en penumbra.
Mi padre, aún joven. Tiene la cámara en la mano.
Ciega el flash. Atónito el chiquillo.
Se sonríe al marcharse por el húmedo pasillo resonante.
Queda la casa sola.
No han vuelto las hermanas del colegio.
Por la ventana entra apagada la tarde.
Monótono rumor de una radio vecina.
Han abierto la puerta de la calle. Le llama Aurora, sale
y en el pasillo nota una inquietud, el frío
de otra presencia. Se detiene.
Alza los ojos y me ve a su lado.

PLAZA BIB RAMBLA

MUROS manchados. Frío.

Yo sé que aquí acamparon escuadrones de lluvia.

Una a una recuerdo las tardes que de niño
me senté en estos bancos.

Con un jirón de nubes se cubría
la desnuda caricia de este cielo.

A menudo pensaba en una perla gris
ajada en un estuche de terciopelo roto.

Quisieron, una tarde,
crucificar la luz en esta plaza.